

DEVENIR DEL MARXISMO EN COLOMBIA (1919-1949)

Luis Alberto Carmona Sánchez¹

Resumen/Abstract

En el artículo se propone exponer el devenir del marxismo en Colombia entre 1919 y 1949. Se muestra que el contexto económico y político mundial, como el latinoamericano, y la dinámica propia del país durante este tiempo posibilitaron el surgimiento del marxismo en las formas determinadas que este fue adquiriendo, así como el marxismo mismo representó la respuesta a las necesidades históricas de Colombia en su momento determinado. Para ello, se expone el devenir del marxismo en Colombia en dos de las formas que ha adquirido: I- marxismo político-insurrecto (1919-1930), II- marxismo asociativo-reformista de frente popular (1930-1949). Con el artículo se aporta un marco histórico político, económico y social en el cual se configuran las dos formas de marxismo que son examinadas, así como los momentos relevantes a nivel intelectual y práctico por los que devino el marxismo y sus representantes más notables.

Palabras clave: marxismo; Colombia; movimiento campesino, indígena y obrero; liberalismo, conservadores.

BECOMING OF MARXISM IN COLOMBIA (1919-1949)

The article proposes to expose the becoming of marxism in Colombia between 1919 and 1949. It is shown that the global economic and political context, such as Latin America, and the country's own dynamics during this time made possible the emergence of marxism in the determined forms that this was acquiring, just as Marxism itself represented the response to the historical needs of Colombia at the time. To this end, the evolution of Marxism in Colombia is exposed in two of the forms it has acquired: I- political-insurgent Marxism (1919-1930), II- associative-reformist Marxism of the popular front (1930-1949). The article provides a historical political, economic and social framework in which the two forms of marxism that are examined are configured, as well as the determining moments at the intellectual and practical level by which marxism and its most notable representatives became.

Keywords: marxism; Colombia; peasant, indigenous and labor movement; liberalism, conservatives.

¹ Colombiano, Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: luacarmonasa@unal.edu.co



Marxismo político-insurrecto (1919-1930)

La importación del marxismo a Colombia es tan lenta como el desarrollo de las condiciones materiales que habrían de recibirlo y aplicarlo. Desde el año 1886 y hasta 1930 se vive la República Conservadora: rural en la producción, católica en la educación y represiva en la política. La Constitución de 1886 inauguraba la restricción de derechos individuales, lo que tomó cuerpo en la censura de prensa, cárcel para la oposición y cierre del Congreso el 13 de diciembre de 1904, año en el que se posesionaba como presidente el General Rafael Reyes.

El país que recibe Reyes no supera los 4'355.000 habitantes, y la complejidad económica se reduce “a la asociación de la hacienda y el minifundio” (Gilhodes, 1989, 308), lo que explica la ausencia de transportes y vías de comunicación, más allá de las que exigía la actividad mono exportadora del café, el comercio local y la insipiente manufactura representada por “12 fábricas en Bogotá, 10 en Antioquia, una en Boyacá, una en el Valle y otra en Bolívar”. (Bejarano, 1982, 23).

Consecuencias naturales de lo anterior fueron la ausencia de trabajadores fabriles en madurez de organización política y de un mercado interno. El gobierno del general Reyes tendría que actuar en consecuencia con su conservadurismo: adoptar medidas al unísono proteccionistas y de apertura. Protección a los latifundistas productores de café y, por tanto, desprotección a los campesinos aparceros², y apertura a las empresas estadounidenses como la *United Fruit Company*.

El proteccionismo sumado a la estabilidad política a la que llegaba el país al no inaugurar una guerra civil cada cinco años (siete entre 1851 y 1902), el aumento de las exportaciones del café que pasaba de 42% en 1911 a 70% en 1922, (para el historiador Tirado (1995) era el 79% en 1919, y para el filósofo Jaramillo (1994) “de solo el 3%” para 1905, del 5.2% para e1915 y del 9% para 1925), y los constantes y altos empréstitos que se adquieren, ahora más con Estados Unidos que con Inglaterra, incentivaron la naciente industrialización y, sobre todo, la construcción de obras públicas, entre las que se contaban “carreteras,

*Colombiano, Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: luacarmonasa@unal.edu.co

² Es el campesino que tenía que cultivar el café con sus medios de trabajo pero en los predios de un propietario latifundista, propietario que exigía al campesino tenerle que vender la cosecha al precio por este estipulado.

ferrocarriles, cables aéreos, obras de infraestructura urbana”. (Tirado, 1995, 132). Un logro significativo si se considera lo existente: 1.802 kilómetros en 1915 de vías férreas habilitadas para su uso, de un total de 2.000 kilómetros que habían sido tendidos de forma inconexa con el interior del país.

Vender la fuerza de trabajo en las ciudades era más llamativo que hacerlo en el campo. Por un lado salarios más altos, por el otro el conflicto agrario se agudizaba, donde los campesinos eran expropiados de sus parcelas o explotados por los hacendados. La migración del campo a la ciudad comenzó a sembrar un naciente proletariado, todavía con mentalidad campesina, en el transporte fluvial, sector ferroviario y petrolero. El señor Marco Fidel Suárez, presidente de Colombia entre 1918 y 1921 daría el regalo legislativo a los Estados Unidos para que sus empresas extractivas ingresaran al país y se constituyeran en Estados micros en la región donde tuvieran sus operaciones.

Del campo a la ciudad, de la expropiación de las tierras de los campesinos a la usurpación de su fuerza de trabajo por las compañías estadounidenses y del abandono por parte del gobierno una vez finalizadas las obras públicas, estos novatos obreros, pero añejos en reivindicar su trabajo y dignidad, se tendrán que enfrentar a la importación y consumo de una mercancía occidental-europea y soviética: el marxismo. El proteccionismo conservador del general Reyes no logró impedir el ingreso del marxismo, pues no había un producto nacional por el cual sustituirlo, excepto la tenacidad de las luchas indígenas por proteger sus resguardos (Friede, 1972) y de los campesinos por tener acceso a la tierra (Tovar, 1975), luchas canalizadas “por iniciativa de párrocos católicos o bajo el influjo del “catolicismo social””. (Jaramillo, 1994, 105).

Las organizaciones de indígenas, campesinos y difusos obreros de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia -como la Sociedad de Artesanos de Bogotá fundada en 1847 o la Sociedad de Artesanos de Sonsón integrada por zapateros, sastres y demás artesanos fundada en 1909, y primer sindicato reconocido por el gobierno, y las huelgas que solían llevar a cabo, como la del 2 de noviembre de 1847 realizada en el ferrocarril del Pacífico, la del 7 de febrero de 1884, y la primera del siglo XX: “la de los trabajadores de los muelles en Calamar y Barranquilla” en 1910 (Sánchez, 1983, 127)- tendrán que abandonar sus pretendidas “luchas” artesanales-gremiales e introducir la lucha de apertura a las reivindicaciones en conjunto bajo una misma organización de cuño marxista.

Es claro que para el momento no se sabe qué era e implicaba el marxismo, solo había que serlo, el contexto internacional así lo determinaba: Revolución Bolchevique, Revolución mexicana, inmigrantes rusos y con ellos sus propias versiones de lo que escribía el reformista Bernstein, el renegado Kautsky y el gran líder Lenin, fundación de partidos socialistas (1896 en Argentina por Juan B. Busto), con el gran demerito para toda Latinoamérica de fundarlos sin obreros fabriles (Molina, 1983).

El marxismo en Colombia, bajo esta primera forma, destaca por hacer de las huelgas su principal, si no único, accionar político; incluso se duda que fueran huelgas, más bien representaban asonadas o motín (Archila (1989). Campesinos, indígenas y nacientes obreros, todos bajo la denominación de socialistas, incluso más que marxistas, pero aun homologando ambas, apelan a la organización política y a las huelgas como estrategia insurrecta de revolución. El accionar político tendría su cuna fundamentalmente en la Costa Atlántica, como lo advierte Tirado (1995), en tanto en esta parte norte del país se lograba una mayor integración por su “situación geográfica” que promovía la recepción de “marinos e inmigrantes anarquistas y socialistas”. Resultado de ello fue la huelga en Barranquilla en 1910, el movimiento huelguístico en Cartagena, Barranquilla y Santa Marta y la primera huelga de los trabajadores de la *United Fruit Company* en 1918, y la huelga en el ferrocarril de Girardot en 1919.

Importar y aplicar el marxismo sin ser comprendido, y no las ideas de Marx, contribuiría a que toda idea socializante o de raigambre liberal fuera impugnada de socialista, como contrariar el intervencionismo de Estado, por ejemplo. Esto fue una favorable confusión, pues permitió la militancia numerosa bajo una misma denominación; en tanto las ideas y principios socialistas y marxistas se perfilaban “claros”, la atomización se hizo inevitable.

En principio, todos los de abajo entraban dentro de la fundada Unión Obrera de Colombia en el año 1913 en la ciudad de Bogotá, primer intento de concentración de los trabajadores. La lucha por la tierra, mejoras salariales, derecho a las organizaciones de trabajadores y legitimación de sus huelgas fueron los frentes abordados por la Unión, y que para el primero de enero de 1916 buscaban consolidar con la publicación, en la ciudad de Bogotá, del Manifiesto a los Obreros Colombianos. En él se hace el llamado a la fundación de un partido obrero que respondiera por los intereses de los trabajadores y no por “el dogma de la propiedad privada” de liberales y conservadores.

Todo iba rápido al interior de las organizaciones en sentido de formalizar con la práctica marxista soviética, no así en la aprehensión y desarrollo de las ideas que estaban importando acrítica y atemporalmente; situación común a América Latina. Esto acorde a la lectura de José Aricó (1985), quien afirma que “los partidos socialistas que se formaron desde finales del siglo pasado en América Latina, sólo recogen del marxismo –en forma abstracta y sin la necesaria adaptación nacional- las tres orientaciones de acción del socialismo europeo”. Tres años después del Manifiesto, 1919, se celebró la primera Conferencia Nacional Obrera el 20 de mayo, que presentaba como punto central la creación del Partido Socialista (PS), en el que predominaban “las ligas profesionales y las asociaciones locales de artesanos” (Jaramillo, 1995, 106). “Sus adherentes iniciales eran nueve asociaciones artesanales, dos sociedades de beneficencia y tres agrupaciones sindicales obreras” (Archila, 1989, 240), lo que daba una “composición heterogénea y de confusa ideología” (Tirado, 1995, 135). Se funda el Partido claramente pronunciado de “socialismo moderado” y el 7 de agosto del mismo año de 1919 se realiza su Primer Congreso.

La orientación política del Partido era la reproducción ahistórica del marxismo soviético y europeo; la cohesión de sus integrantes se daba por la aceptación externa de la necesidad que obreros, campesinos e indígenas se organizaran en torno a la lucha de su condición de explotados y oprimidos. Eran marxistas sin saber lo mínimo de Marx, o saberlo y falsificarlo, lo que de todas formas no representaba una dificultad para serlo, tal vez fuera su condición como se evidencia con la saga marxista que se inaugura con Engels y se prolonga hasta Stalin mediando Bernstein, Kautsky, Plejanov, Trotsky, Lenin, es decir, los más peligrosos enemigos detractores y falsificadores de la obra de Marx, eminentes marxistas de cuño político revolucionario, y los responsables que su pensamiento se repudie con ferocidad, por lo general injustificada (Carmona, 2019).

La década del 20 presentó notables desarrollos en materia económica y, por tanto, en la configuración del proletariado y su consecuente, a simple vista, madurez política. El proceso migratorio continuó y se intensificó, con lo que crecieron las ciudades; la política económica del general Reyes hacia las petroleras estadounidenses abrieron nuevas fuentes de trabajo e ingresos por concepto de regalías, las exportaciones del café llegaban a niveles más altos, la presidencia de Pedro Nel Ospina entre 1922 y 1926 “dio un vuelco al país en materia de obras públicas, y operó una transformación en las prácticas y sistemas fiscales, y en el régimen monetario-bancario” (Ospina, 1974, 417).

También se estima que “entre 1925 y 1928 la fuerza de trabajo total del país aumentó en 140.000 personas, de las cuales el sector agropecuario absorbió el 42.4%, la minería el 7.8% la manufactura el 10.8%, la construcción el 12.2% y el resto de los sectores (gobierno, comercio, transportes) el 26.4%”. (Bejarano, 1982, 44). De haber 12 fábricas en Bogotá en el año 1904, para 1927 el número ascendía a 200, el aumento se sintió igual en ciudades como Medellín (117), Barranquilla (91), Cali (97) y se destacaron ciudades antes sin registro alguno, como Tolima con 36 fábricas, Manizales con 26 y Pereira con 13. No obstante este aumento, particularmente dado por fábricas dedicadas a la fabricación de textiles, cemento, cerveza (Bavaria) y gaseosas, fósforos, jabones y velas, chocolates, la industrialización del país aún era incipiente; sólo hasta la década del 30, y por exigencias externas (crisis del 29) en gran medida, el progreso sería notable.

A nivel de organización obrera, y si se considera que la economía y configuración del proletariado avanzaba, la movilización y organización obrera será dinámica. La década del 20 es altamente significativa como de corta vida en su relevancia política. El primer año de la década tiene cuatro hechos relevantes: primero, en el mes de enero en la ciudad de Montería se fundó el “Comité Sindical que elabora su programa: no trabajar en las haciendas donde subsista la picota y donde se maltrate a los trabajadores, en las que los trabajadores sean encarcelados por deudas, en las que se retengan dos sueldos por un día de ausencia, en las que se pague menos de un peso diario, en las que no se dé alimentación sana y abundante” (Gilhodes, 1989, 314); y el 13 de febrero las trabajadoras de la fábrica textil de Bello entraron en cese por veinticinco días; segundo, el 10 de febrero se fundó el diario *El socialista*, órgano difusor del Partido Socialista; y, tercero, el 20 de mayo el Partido celebra su Segundo Congreso en el cual se “declara la Teoría del Intervencionismo de Estado” (Sánchez, 1983, 130); en suma, “encontramos treinta y dos huelgas” (Archila, 1989, 234).

Marx aún no aparece en el concierto del marxismo colombiano del momento, y deciden incursionar en la vida política directamente. Para el año 1921 el Partido Socialista de la ciudad de Medellín obtuvo el 23% de los votos, con lo que superó a los liberales, quienes alcanzaron solo un 15%. Hecho que algunos historiadores reconocen como expresión del período socialista moderado del momento “con auge electoral” (Sánchez, 1983, 123). Este logro fue más representativo para los liberales que para los socialistas marxistas. El partido liberal por fuera del poder desde 1886 supo ver que, ante la carencia de programa del Partido Socialista, era fácil reclutarlos en su ideario liberal: para 1922 los socialistas apoyan

la candidatura liberal del general Benjamín Herrera a la presidencia, lo cual termina siendo apenas el comienzo glorioso del partido liberal a costa del sincero pero ingenuo marxismo del momento.

La actividad del Partido Socialista tiende a ampliarse y reunir más trabajadores, los de las nuevas industrias y los nuevos explotados por las multinacionales. Fue así que en 1923 se fundó la Unión Obrera de Barrancabermeja, que contó con Raúl Eduardo Mahecha como primer secretario general, “el más prestigioso luchador proletario de la época.” (Sánchez, 1983, 132). Las huelgas se propagan y llegan a la Hacienda Tocarema; le hacen frente huelguístico a la petrolera estadounidense *Tropical Oil Company* (filial de la *Standard Oil*), lo que arrojó “1200 trabajadores despedidos en la primera, y represión y consejo de guerra para los líderes en la segunda” (Tirado, 1995, 133); ponen centenares de víctimas obreros ante la *United Fruit Company*, denominada masacre en las Bananeras. Mientras esto, los dirigentes más destacados continúan con la pretensión de formalizar la acción política, para lo que celebran el 1 de mayo de 1924 el Primer Congreso Obrero de Colombia, donde cabían todos, hasta los apolíticos; por su parte en Bogotá, para el mismo año, se reúnen en el marco de la Conferencia Socialista.

La conferencia en Bogotá fue determinante para el futuro inmediato de la organización obrera. Sánchez (1983) expresa que: “debe considerarse como la primera conferencia de tipo comunista que definió las líneas centrales de la formación de una corriente partidaria con estas características en el país: 1) fijar la necesaria independencia del proletariado frente a los partidos liberal y conservador. 2) Aglutinar las fuerzas de izquierda hacia la creación de un partido comunista. 3) Dar los puntos centrales de un programa revolucionario. 4) Aceptar las 21 condiciones de ingreso a la Tercera Internacional.” El marco marxista global, más que orientar la comprensión política-revolucionaria de cada país presiona para que tiren sus líneas, y el bajo nivel crítico e intelectual frente a lo que representaba e implicaba el marxismo, por no hablar ni exigir un conocimiento suficiente en Marx, por parte del Partido Socialista y la Unión Obrera, la respuesta es obrar como Vanguardia de obediencia.

La expansión cuantitativa del Partido y sus convenciones condujeron a la ampliación de divergencias internas. El apoyo al liberalismo comenzó a minar y poner en evidencia las disputas en cuestión. Del actuar político del líder indígena Quintín Lame, enmarcada en “la defensa de las parcialidades indígenas, el rechazo a los terrajes, la afirmación de los cabildos, la recuperación de las tierras usurpadas y contra la discriminación racial” (Gilhodes, 1989, 311), se habían separado José Gonzalo Sánchez y Eutiquio

Timoté, quienes deciden pertenecer al socialismo revolucionario de más amplia vista de lucha proletaria. Para el año 1924 el socialismo encontraría rival en los autoproclamados comunistas. Mientras los primeros pertenecían a las calles, los segundos a los claustros de discusión.

Al año siguiente, el 20 de julio de 1925, se realizó el Segundo Congreso Obrero de marcada influencia política anarcosindicalista, donde es elegido presidente al destacado líder obrero Ignacio Torres Giraldo y vicepresidente al reconocido y resuelto luchador indígena Quintín Lame. En este Congreso se tocaba la Marsellesa y surgía la Confederación Obrera Nacional (CON), asignándosele la tarea de ampliar y consolidar las organizaciones obreras presentes hasta el momento y de promover la creación de otras más. En palabras de su presidente: “la CON nacía como central del movimiento obrero y también como bandera de la opinión popular, porque no existía evidentemente un partido político de vanguardia del pueblo, pero en la concepción de partido entonces la CON no estaba lejos de él” (Torres, 1978, 787).

La lucha antiimperialista es manifiesta, y en el Congreso esto queda claro con el rechazo que hacen a Estados Unidos por la invasión de territorios latinoamericanos: Panamá padecía la represión a sus huelguistas, Nicaragua sumaba 13 años de invasión militar, Honduras enfrentaba una guerra civil, Venezuela denunciaba el robo de sus riquezas petrolíferas. Dos años después, para 1927, se creaba la Liga antiimperialista bajo la orientación de Julio A. Mella, quien fundara el Partido Comunista en Cuba.

La madurez de las organizaciones políticas es advertible por la tenacidad de quienes se les oponen. El gobierno conservador del presidente Miguel Abadía Méndez que comprendió el periodo 1926-1930), en comunión con las políticas anti huelguistas de las compañías estadounidenses, atacaban a los huelguistas con métodos violentos, incluso atemorizaban el conjunto de la población al aprobar el proyecto en primera, segunda y tercera instancia que implementaba de nuevo en Colombia la pena de muerte, ahora para delitos políticos y delincuencia común. Solo había que esperar el aval del Senado, quien había aprobado el proyecto de ley denominado “Ley heroica” con la que se “castigaba explícitamente la realización de huelgas; limitaba la propaganda de la oposición; cohibía la agitación política en el seno de las fuerzas armadas; instituía la censura de prensa y finalmente establecía mecanismos para condenar rápidamente a los implicados en algunos de los delitos contemplados en la nueva ley.” (Vega, 1984, 144).

Ahora, todos bajo sospecha de bolcheviques. Campesinos, obreros, mujeres, artesanos eran encarcelados por manifestarse en contra del proyecto. El gobierno de Abadía Méndez extremó la violencia contra el pueblo, fue el artífice que Quintín Lame sumara más de 130 detenciones carcelarias registradas hasta 1928 (Tila, 1994), y se graduara con la masacre en las Bananeras, donde se registró la detención del inspector laboral por parte del jefe civil y militar de la zona, general Cortés Vargas, de 400 obreros el día 04 de diciembre, para los días 05 y 06 la tropa del general asesinar a más de 1.400 personas.

El PS ha sido fuertemente debilitado, dirigentes en el exilio sino en la cárcel o muertos. La república conservadora estaba alcanzando sus metas de disolver el marxismo, para lo que los liberales contribuirían al anexarlos a sus filas y ellos mismos, los marxistas, precipitarían con sus insurrecciones faltas de programa e ideario político.

En respuesta a la ofensiva del gobierno, los revolucionarios que continuaban sin conocer a Marx, pero que eran marxistas, se sentían maduros en la práctica porque no en las ideas (se valían del resumen sobre *El Capital* que había elaborado Deville) para fundar el 21 de noviembre de 1926, durante el Tercer Congreso Obrero, dirigido por Ignacio Torres Giraldo y de vicepresidenta María Cano, conocida como “la flor del trabajo”, el Partido Socialista Revolucionario (PSR). La Revolución de Octubre logra mayor presencia, tanto que el Congreso acuerda su adhesión a la Tercera Internacional, de la que su vicepresidenta Cano se reconoce como “soldado”. Se funda un partido del todo coherente con el marxismo del momento: con acción huelguística, sin ideas políticas y, en general, como lo expresó el mismo Torres Giraldo (1978), de “bajo nivel ideológico de los dirigentes populares frente a las tareas históricas de su hora.” Esto que lo funda será su principal causa de defunción tres años más adelante.

Mientras tanto, la huelga obrera hace estación en el Ferrocarril del Pacífico en el mes de agosto de 1926; logra movilizar “a más de 10.000 trabajadores y afectó los departamentos de Cauca, Valle y Caldas, en los que se manifestó la solidaridad con los huelguistas, que lograron obtener considerables reivindicaciones bajo la dirección de Torres Giraldo” (Jaramillo, 1994, 113-114); el 08 de enero de 1927 se emprende la segunda huelga en contra de la *Tropical Oil Company*; los campesinos continúan sus luchas y se extienden a Buga y Roldanillo en el año 1928, ambos pueblos del Valle. Además del cambio de vicepresidente, también la fundación del PSR fue un fuerte revés que sufren los anarcosindicalistas dominantes en el Segundo Congreso.

El PSR se sintió preparado para la toma del poder. Su intento fue guiado más por la corazonada revolucionaria que por la comprensión objetiva de la realidad nacional y la madurez como movimiento obrero, lo que les valió agotar su penúltimo acto revolucionario. Si bien es cierto que la crisis económica mundial a raíz de la gran depresión del 29 favoreció el fortalecimiento del mercado nacional y el impulso de la industrialización del país por “la sustitución de importaciones de bienes de consumo corriente (Bejarano, 1982, 48), no así favoreció el contexto político revolucionario. De todas formas Colombia apenas se enfrentaba a la gran oportunidad de modernizar el país en lo económico y lo político, lo que de pistoletazo no aportaba un proletariado con consciencia de sí como clase revolucionaria. Sin comprender la realidad nacional, sin programa político y con desbordado activismo, en el encuentro del PSR de 1927 celebrado en La Dorada, se “decidió apoyar un plan insurreccional [...]. Para este fin se creó un organismo clandestino, el Comité Central Conspirativo Colombiano (CCC). La actividad general y política se relegó a un segundo plano, para privilegiar el plan insurreccional.” (Archila, 1989, 244).

A falta de proletariado revolucionario, los socialistas tenían que valerse como sujetos de la toma del poder de los liberales radicales y de los campesinos, sobre todo. La orden para llevar a cabo los levantamientos estaba dada para el 28 de julio. Los precarios caminos terrestres, la inconexa red férrea y los premodernos medios de comunicación no permitieron hacer saber a tiempo que la orden quedaba suspendida, por lo que en algunas zonas llegó a realizarse, claro está, sin fuerza colectiva y de fácil sometimiento. Entre ellos, fue significativo el levantamiento llamado los Bolcheviques, perpetrado en El Líbano (Tolima), el cual, en últimas, no dejó de ser un acto de “impaciencia”, “la mayor debilidad del PSR” (Meschkat, 1983, 167).

Faltaría apelar al último esfuerzo para que el PSR se diera sepultura a sí mismo. Decidió participar con candidato propio a la campaña presidencial para administrar la cosa pública durante el periodo de 1930-1934. A los candidatos conservadores Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez Cobo, y al liberal Enrique Olaya Herrera, ex embajador de Colombia en Washington, enfrentaron “al dirigente obrero Alberto Castrillón, siendo ésta la primera candidatura clasista del movimiento obrero en Colombia” (Sánchez, 1983, 143). El socialismo advierte pasar su oportunidad, ahora le resta sino esclarecer y sellar su constante acercamiento con los liberales radicales. El marxismo en este primer periodo y bajo la forma política-insurrecta, le da la razón al general Rafael Uribe cuando él ratificaba su socialismo, pero aquel que iba “de arriba a abajo”, el que garantizaba “la amplitud de las funciones del Estado”. El socialismo de abajo

para arriba lo ponía de cabeza el liberalismo que ganaría las elecciones presidenciales. Enrique Olaya Herrera estaba presto como presidente a inaugurar la república liberal, lo que le costaría caro al socialismo.

Las pugnas internas, la impaciencia práctica, la poca formación intelectual en las ideas fundantes del marxismo, la praxis política falta de la comprensión de las dinámicas económicas, sociales y políticas del país, sólo podían lograr que el marxismo que se ha caracterizado político-insurrecto, configurado entre 1919 y 1930, cediera al canto de las promesas modernizadoras del liberalismo socializante.

Los liberales con la anuencia de los marxistas, claro está, imposibilitaron que los trabajadores logaran la conciencia de clase revolucionaria. De ahí que, necesariamente esta forma de marxismo tuviera que configurarse y devenir en la acción huelguística, la escasa formación política en las ideas marxistas y la nula tarea programática revolucionaria. Razones suficientes para estar de acuerdo con el destacado filósofo colombiano Rubén Jaramillo Vélez (1995) y referirse a esta forma de marxismo como “superficial y ecléctico” propio de una “generación de intelectuales radicales y dirigentes obreros”; y que al decir del intelectual colombiano de trascendencia latinoamericana más notable, Antonio García Nossa (1974), no fue sino la “concepción escolástica del marxismo”.

De todas formas, y a pesar de sus intenciones, la madurez económica, social y política del país no les permitió más, como en general a ningún país latinoamericano, donde “no se podía hablar de un socialismo que tuviera por detrás una clase trabajadora multitudinaria, organizada y consciente.” (Molina, 1983, 33).

Marxismo asociativo-reformista de frente popular (1930-1949)

Es disiente, para el caso, saber que “entre 1918 y 1929 sólo 68 asociaciones gremiales fueron reconocidas legalmente, contra 440 entre 1934 y 1938”. (Urrutia, 1982, 226), aumento significativo que tendrá que ver con el fin de la república conservadora y la vuelta al poder del liberalismo, de quien el socialismo-marxismo se hacía cada vez más adepto. Ahora, la república liberal dará un trato en principio diferenciador positivo a las organizaciones de trabajadores y sus luchas tanto en la naciente industria como en el campo y sector transporte.

El partido conservador favoreció a su contendiente liberal para que terminara por ganar las elecciones presidenciales de 1930. Era práctica usual que el arzobispo primado de Colombia recomendara el candidato conservador, candidato que siempre terminaba electo. Para la ocasión, el arzobispo vaciló en

sus homilías llamando a votar por uno, luego por otro, desconcierto para sus feligreses que pedían el norte que les determinara tomar decisiones. Las huelgas campesinas, indígenas y de trabajadores no paraban, ante lo que los liberales tomaron cuerpo y presentaron a su candidato: señor Enrique Olaya Herrera.

La situación social y la indecisión de la iglesia, es decir del partido conservador, lo canalizó Olaya Herrera con su movimiento liberal al que llamó “Concentración Nacional”. El marxismo, como será presentado, se encontraba a portas, tan solo, pero significativo frente a lo experimentado bajo los conservadores, de una transición que se tomaría los cuatro años de gobierno de Olaya (1930-1934).

Las relaciones entre hacendados y trabajadores se transforman en lentos y caros beneficios para los segundos, por lo menos en términos de actitud del gobierno, objetivadas en las reformas que Olaya logra canalizar y por la situación de crisis económica a nivel mundial; lo que, a su vez, representó la motivación básica para promover un verdadero proceso de industrialización en el país. De esta manera, en la década del treinta el cambio era significativo: “la industria, que en 1929 participaba en 8.91% del producto bruto nacional, había ascendido en 1939 al 14.39%”. (Bejarano, 1982, 49), y tan sólo en seis años, de 1933 a 1939, el crecimiento fue de “una tasa media del 10.8% anual, probablemente la más alta de todo el período.” (Tirado, 1971, 247).

En este contexto, ciertamente favorable a las organizaciones de trabajadores, campesinos e indígenas, no se llegaba a un provecho de la situación por parte del entonces PSR. Saliente el gobierno conservador, 1929, el PSR sufriría una división en dos tendencias: una próxima a los liberales denominados “putchsitas”, y otra que sería el germen del partido comunista un año después, en tanto expresión de la dinámica divisoria del marxismo internacional.

La tendencia activista del PSR obedecería la “comunicación” que le enviaba la Internacional Comunista para que se hiciera partido de clase, comunista, y por tanto su seccional, y replicara mecánicamente las máximas del marxismo leninismo. En el año 1930 se hace caso a la comunicación soviética, en lo que no se diferencian con su pasado inmediato, excepto en que ahora el partido comunista no tendría la legitimación de las masas obreras. Era la Internacional comunista, “bajo la dirección hegemónica y burocrática de Stalin” (Jaramillo, 1994, 128), la que les determinaba su forma marxista de existir, y no la realidad concreta del país; propendían más por el reconocimiento y pertenencia a Moscú que por la lealtad con indígenas, campesinos y obreros al reivindicar sus luchas. No obstante, calan con mayor importancia

en las organizaciones sindicalistas y en regiones particulares del país como Cundinamarca, Tolima y Cauca. (Tirado, 1995).

Se restan fuerzas para enfrentar los conflictos agrarios que tomaban dimensiones más violentas, y todo mientras las reformas de Olaya se podían hacer efectivas para atenuar la situación, pues claramente no las iba a resolver. Al tiempo que los marxistas, independiente de la tendencia, en común tenían el desconocimiento de Marx, porque ni siquiera la intención política y la necesidad social de reflexionar el marxismo importado.

Mientras tanto, la realidad encarnaba las contradicciones económicas. La década del 20 legó al país trabajadores urbanos y, a ellos, experiencia huelguística y organizativa, lo que se vio reflejado en la década siguiente. De 1930 a 1931 “se registraron en la Oficina del Trabajo 58 conflictos agrarios” (Tirado, 1995, 146). Este dato expresa la realidad: la cuestión agraria se sobrepondría a las reivindicaciones obreras. El movimiento campesino, sin orientación intelectual marxista, como fue en la década del 20 con los trabajadores, se propusieron “obtener el derecho de propiedad sobre la tierra” (Tovar, 1975, 65), más desde las iniciativas regionales que bajo la unidad nacional organizativa que se encontrara en una política sindical agraria.

Ante la situación de los campesinos, para el año 1931, liberales de izquierda pertenecientes al directorio de Antioquia, una especie de marxistas no declarados para el momento, entre los que se contaba a Luis Emiro Mejía, Elías Abad Mesa y el destacado político, intelectual y rector de la Universidad Nacional de Colombia, el señor Gerardo Molina, impulsan “una reforma agraria contra el latifundio mediante un impuesto progresivo y la compra y parcelación del mismo” (Gilhodes, 1989, 315). Reformas como estas son atendidas por el próximo presidente liberal, pues, por su parte, el presidente Olaya abonaba el camino con leyes que garantizaran la existencia legal de las organizaciones sindicales. La ley 83 de 1931 aprobada por el Parlamento, determinaba el derecho sindical de asociación, sin embargo, dejaba en pie, a favor de patronos hacendados y de las multinacionales, la práctica denominada esquirolaje para que contrataran mano de obra que fuera a reemplazar de manera inmediata a los trabajadores que se encontraran en huelga (Tirado, 1995).

Hasta el momento, como puede ser advertido, no aparecen rasgos diferenciadores de esta forma en que devino el marxismo con la que le antecedió. Así como el liberalismo hace una transición de gobierno, el marxismo transita igual condición. Gobierno liberal y marxismo forjarán sus rasgos particulares a partir del siguiente gobierno, 1934-1938. Por ahora, sus actuares respectivos están más cercanos al decenio del 20.

Es por ello que un intelectual marxista de nula acción política, destaca que “actualmente el liberalismo, unido a los demás partidos reaccionarios, lucha abiertamente contra los partidos revolucionarios” (Nieto, 1978, 23). Sin embargo, el ímpetu crítico de este intelectual de nombre Luis Eduardo Nieto Arteta, desconoce que los partidos revolucionarios que reivindica, sin saber realmente cuáles, en tanto partidos que se pretendían revolucionarios era sino el comunista, y eso si acaso, no lo apoyan en la práctica; en últimas, estos “partidos revolucionarios”, cuando no buscaron al partido liberal se dejaron encontrar por ellos con suma facilidad, convivían y hasta se desvanecían en sus idearios políticos, ambos se traspasaban las difusas “fronteras” programáticas.

Es más determinante para la forma que adquiere el marxismo en Colombia que la simple anécdota que pueda parecer la crítica de Nieto Arteta. Ahora en el concierto intelectual, más que político, aparece el nombre directo del fundador del marxismo. Se habla de Marx, se escribe sobre Marx, se lee lo que hay en español para leer de Marx. Y es precisamente este intelectual quien se acercó un poco más a Marx en el concierto nacional, eso sí, muchas veces a través de Engels; y consciente que había que tomar distancia, o acercarse con titubeos a los marxistas occidentales y soviéticos.

Es disiente, más para Arteta que para el espíritu intelectual de los marxistas de culto del partido, el nivel de comprensión que mostraba en sus diferentes artículos. Así, por ejemplo, reconocía la necesidad de distanciarse del revisionista Bernstein para advertir el poder y actualidad del planteamiento de Marx en torno a la tesis de la concentración de capital. Gran labor política y praxica la que hubiese logrado el marxismo de la década de 1920 haber comprendido este aspecto.

Han pasado tres años del gobierno de Olaya y sus reformas no resuelven aún nada. Liberales de izquierda y marxistas desaprueban las políticas del gobierno frente a las luchas de los trabajadores, las que no dejan de aumentar. Se toman distancias con el gobierno, a simple vista, como consigo mismos. Entre los liberales

se crea una organización casi al margen del oficialismo liberal; y, por su parte, entre los marxistas surgirá un segmento intelectual de nula actividad política.

Para 1933 se crea la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR) por parte de un grupo de estudiantes e intelectuales clase media “que se reclamaban antiimperialistas, socializantes, agraristas y diferenciados del marxismo” (Tirado, 1995, 151). El líder de la Unión sería Jorge Eliécer Gaitán, joven intelectual de gran proyección política desde los debates que realizó en 1929 en el Senado denunciando la masacre en las bananeras. Gaitán, a pesar de su trabajo de grado para optar al título de abogado en 1924: *Las ideas socialistas en Colombia*, nunca sentó posición clara y favorable ante el mismo socialismo, más bien su lucha política era liberal socializante que le valió calar entre los campesinos y los sindicatos.

En principio el mismo Nieto Arteta integraba la UNIR, pero su descontento junto con catorce miembros más, “por la ausencia de una doctrina que unificara las demandas de los diversos sectores sociales que componían la organización” (Cataño, 1982, 177), los llevó a desistir de la misma. Escribieron una carta que harían llegar a Gaitán en la que dejaban la Unión. Corta vida de militancia como en general lo fue la de la UNIR misma, la que se disolvería en 1935.

La respuesta de Arteta y demás firmantes de la carta fue crear su propio grupo. Entre noviembre de 1933 y 1934 existe el denominado Grupo marxista. La diferencia con la UNIR es notable: mientras estos intervienen la realidad sin interpretación conceptual, aquellos interpretan sin “trabajo de campo”. Sus integrantes eran de cuño intelectual dedicados al estudio, en lo posible, de las obras mismas de Marx y Engels, pero también del renegado Kautsky, Lenin, Trotsky, Bujarin, Pléjanov y las de la “genial doña Rosa”, como solía llamar Arteta a Luxemburgo. Su público eran estudiantes y profesionales que combatían los dogmas marxistas, tal vez desde uno de ellos. Su distancia de la realidad política, social y económica del país se suplía con la realidad de los análisis con pretensiones investigativas y críticas. Nada desdeñable la labor intelectual de este grupo, de lo que careció casi por completo el marxismo en su primera forma, sin embargo, la praxis estaba lejos de objetivarse: por un lado, la UNIR y por el otro el Grupo marxista, y ningún punto de encuentro entre ambos. A todos se suma el Partido Comunista como tercera fuerza disgregadora.

El PC recriminaba a la UNIR su excesivo legalismo en resolver las pugnas obreras y campesinas, al Grupo marxista le endilgaba su enclaustramiento teórico, y UNIR y Grupo marxista denunciaban del PC su

sumisión a la Internacional. Las consecuencias prácticas de pugnas político-intelectuales, a pesar de tener en común la pretensión de mejoramiento de las condiciones materiales y sociales del país, fueron en las urnas. El liberalismo oficialista, del que de todas formas no se diferenciaban muchos del PC y casi la mayoría de la UNIR, lograrían cuantiosas votaciones (938.608) respecto a las obtenidas por el PC (1.974) en elecciones del año 1934.

No hay acuerdos entre patronos-trabajadores, hacendados-campesinos, campesinos-gobierno, si entre gobierno-capital extranjero, lo que hace que proliferen más las organizaciones a falta de una que las sintetice. En 1933 se crea la Federación de Colonos del Soche y el Chocho, a raíz de los desahucios en la hacienda el Soche, donde “más de 6.000 *colonos* con más de 30 años de trabajo [...] querían ser arrojados” (Tovar, 1975, 166-167). Lo que será “normal” un año después, es decir, durante el primer año de gobierno del segundo presidente liberal Alfonso López Pumarejo.

La candidatura de Alfonso López Pumarejo a la presidencia de la República, por parte del partido liberal, con el programa “Revolución en Marcha”, ponía las mejores condiciones políticas posibles para lograr un encuentro de las diversas expresiones políticas del país. Ajeno al socialismo y cercano a los trabajadores, López lograría durante los próximos cuatro años de gobierno encauzar al país por una ruta modernizante, la que no dejó de parecerle a los conservadores un proyecto del demonio comunista: su estrategia de apoyo -y aquí comienza lo particular de esta forma de marxismo en Colombia-, que parte de hacer de los intelectuales jóvenes y “rebeldes” sus funcionarios y de los campesinos y trabajadores sus protegidos ante las compañías norteamericanas y terratenientes e industriales nacionales.

En suma, López se proponía con reformas y uso de “jerga socializante” llevar a cabo una labor modernizadora e intervencionista de Estado. El presidente López, “ideológicamente no tenía nada que ver con el socialismo marxista; su acción y su pensamiento se limitaban a realizar en Colombia, hasta donde la situación social y técnica lo permitiera, lo que todas las burguesías habían realizado ya desde el poder donde quiera que éste se hallara en sus manos: una reforma de la propiedad agraria con menoscabo del latifundio y en beneficio, por lo común, de la propiedad individual media y pequeña.” (Mesa, 1977, 47). Frente a las reformas que llevaría a cabo el presidente, la actitud del PC, sobre todo, no podrá ser más que la de quien cede al canto de sirena, y máxime cuando de obedecer a la central se trata. Si bien el PC contó con candidato propio a las elecciones presidenciales para enfrentar a López, la posibilidad era tan remota

de ganarle al candidato liberal al oponer al indígena Eutiquio Timoté, como factible era que el PC apoyara de lleno al vencedor López. Y efectivamente sucedió. Los miembros del PC no paraban de predicar: “con López, contra la reacción”. Que supieran lo que implicaba la proclama no era el caso, solo correspondía seguir la directriz de la Internacional Comunista de ser colaboradores con esta “burguesía progresista”, para lo que habría que formar los llamados Frentes Populares.

La transición conservadora-liberal de Olaya llegaba a su fin. Ahora las políticas modernizantes se harían efectivas, por lo menos durante los primeros dos años de gobierno. Desde hacerle modificaciones a la Constitución Política de 1886, del todo conservadora y, por tanto, católica a ultranza, en cuanto al derecho de propiedad privada, hasta asumir la función de mediador o directo responsable en resolver los problemas trabajador-patrón. El gobierno de la “Revolución en Marcha” tienen de su lado a campesinos, indígenas y trabajadores.

Para el gobierno era claro que la protección al trabajador era tarea gubernamental, quien tenía que garantizar la protección de sus derechos, para lo que compró haciendas y las repartió entre campesinos, como la hacienda el Soche, en la que se realizó el desahucio de 6.000 colonos un año antes; no disuelven las huelgas de los trabajadores con violencia como en la zona bananera en 1928, sino que son resueltas a favor de los trabajadores, como sucedió en la misma zona bananera cuando el presidente López ordenó “a su Ministro de Guerra [...] dispusiera un avión para que se trasladase a Bogotá a la Directiva obrera, con el objeto que allí se hiciera la negociación con intervención presidencial. El conflicto terminó sin muertos y los obreros obtuvieron aumento en los salarios hasta en un 50% [...], en general, se aceptaron los puntos del pliego de reclamos.” (Tirado, 1995, 149).

No iba a implicar este tipo de medidas por parte del gobierno hacia los trabajadores que fueran a parar su acción huelguística y organizativa, antes van a proliferar dadas las condiciones que encuentran favorables, y por supuesto, la necesidad del momento que así lo reclamaba. Nuevos desahucios se van a adelantar en 1934 por parte de los propietarios sobre los arrendatarios de la hacienda Tolima. Finalmente, el desahucio se realizó, con “un saldo de 13 arrendatarios y dos policías muertos” (Tovar, 1975, 73). Habría que esperar al año siguiente para que el gobierno adquiriera la hacienda y la vendiera entre quienes la habían trabajado por décadas. En síntesis, en 1933 se realizaron 19 huelgas, y para 1934 la cifra ascendía a 35 (Archila, 1989).

Las huelgas y la organización obrera se formalizan acorde a las posibilidades legales que brinda el gobierno. Es así que, en el 7 de agosto de 1935, en la ciudad de Bogotá, se celebra el Primer Congreso Nacional de Trabajadores, a simple vista como madurez de la unidad, en el fondo escenario natural de disputas entre liberales y comunistas, tales como las tenidas entre la UNIR y el Grupo marxistas, ambas organizaciones disueltas para el momento. Al tiempo, se celebraba el VII Congreso de la Internacional Comunista, en Moscú; contando Colombia con una delegación del PC: los señores Rafael Baquero, Filiberto Barrero y Augusto Durán, quienes son los encargados de traer el recado a Colombia para que se aplicara la estrategia de Frente Popular³, definida por Dimitrov, a raíz del enfrentamiento que implicaba efectuar al naciismo y fascismo.

El haber hecho caso a Moscú, como era lo menos que se hacía, condujo a que las desavenencias del Congreso en Bogotá fueran suavizadas en 1936 con la creación de la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (C.S.C.). Para 1938, la C.S.C. pasaría a ser denominada Confederación de Trabajadores de Colombia (C.T.C.), nuevo foco político de disputa por su control ideológico, aunque de supuesta unidad, sobre todo, con el gobierno. “En cierta medida, aquí se inicia una nueva fase en la evolución organizativa de la clase obrera. En contraste con los años 20 y comienzo de los 30, el movimiento sindical ya no estaba al margen de la acción estatal, sino que se integró a ella en aras de una política de apoyo al bloque progresista encabezado por el presidente Alfonso López.” (Archila, 1989, 257).

El Partido Comunista, después del VII Congreso de la Internacional, tiene la autonomía de obedecer la directriz, y es así que se llega a la oficialización del apoyo que darían al programa de gobierno liberal llamado “Revolución en Marcha”. Apoyo que no pasó de ser un continuo asentimiento de lo que los liberales terminaban por decidir; no hubo un programa conjunto de cooperación real. El ex disidente liberal y líder de la UNIR, Gaitán, de “marxismo atemperado y difuso” (Mesa, 1977, 59) vuelve al seno del partido que en últimas, políticamente, nunca abandonó; los marxistas de todos los cuños y matices postergaban su conciencia de clase para adoptar la socializante liberal; los liberales introducen nuevas reformas y medidas favorables para resolver los conflictos sindicales, hasta el punto que el gobierno,

³ Para el autor Michael Löwy, este es el hecho que cierra el primer periodo del marxismo en América Latina, y como se viene advirtiendo, es el rasgo determinante del segundo periodo del marxismo en Colombia.

conformado en gran cantidad por ex militantes socialistas y liberales radicales, autorizaba a sus funcionarios para que asistieran a congresos sindicales y manifestaciones populares (Tirado, 1995).

En este breve contexto fragmentado político-ideológico es en el que se desenvuelve el rasgo definitorio de la segunda forma en que deviene el marxismo en Colombia, a saber, el de ser un marxismo asociativo-reformista de frente popular, como queda claro el primero de mayo de 1936, cuando el día del trabajo es celebrado por más de 60.000 manifestantes, y precedido desde el balcón presidencial por el presidente López y el dirigente comunista Gilberto Vieira White. Allí la proclama de todos, como Frente Popular que ya eran, no podía ser sino “con López, contra la reacción”.

Van dos años de gobierno liberal de López, y el movimiento obrero está volcado a sus pies, tiene todo su apoyo, les ha tendido un cordón umbilical que supieron recibir con beneplácito. El gobierno de López constantemente alimentaba el paternalismo introducido sobre el comunismo, para lo que las reformas, que estaban por agotarse, eran el mejor alimento con efectos somníferos. Para 1936 el gobierno presentó dos reformas: la constitucional y la muy nombrada ley 200, ley de tierras.

La primera definía nuevas condiciones para la relación Estado-Iglesia, establecía medidas de protección e intervención estatal en la economía; la segunda, reivindicaba la función social de la propiedad privada, pretendiendo el gobierno encontrar una salida de tipo jurídico a los numerosos y agudos conflictos agrarios. En los siguientes términos evalúa el historiador colombiano Álvaro Tirado Mejía (1971, 264) esta segunda reforma: “la ley 200 de 1936 fue una medida reformista que tomó un sector del partido liberal que buscaba amortiguar la lucha de clases en el campo, aumentar la productividad, dar seguridad a los ocupantes de la tierra y crear formas más expeditas de demostración para los que la tenían.”

Al parecer era una gran ley de tierras para los campesinos colonos, arrendatarios o peones⁴, pero que, en la práctica, y como correspondía a una política liberal y no socialista o comunista, los terratenientes y

⁴ Así conceptualiza cada categoría el historiador Hermes Tovar, en su clásico estudio sobre El movimiento campesino en Colombia durante los siglos XIX y XX: “*Los Colonos*, es decir quienes habían emigrado al campo desde las ciudades como consecuencia de la *crisis* del 29., los cuales se habían instalado en zonas baldías, o los campesinos migrantes que habían ido a engrosar los ejércitos de nuevos trabajadores agrarios ante el estímulo que la colonización había recibía por parte del gobierno, desde principios del siglo XX. *Los arrendatarios*, campesinos que trabajaban en las grandes haciendas como empleados rurales de los propietarios. [...] Finalmente, estaban los *peones*, o asalariados; sin ningún tipo de tenencia, llamados también *langueros* quienes constituían el sector más pobre del trabajador agrario.” (Tovar, 1975. 64-65).

grandes hacendados no tendrían por qué temer, pues una reforma legal no iba a conseguir lo que tampoco las movilizaciones de “cerca de 20.000 campesinos en 8 años de lucha, (1929-1937)”. (Tovar, 1975, 88). A López le restan dos años de gobierno, y ve celebrar y hasta apoya con recursos económicos el segundo Congreso Sindical el 7 de agosto de 1936 en la ciudad de Medellín. Congresos como estos proliferarán cada año, mientras tanto, la acción huelguística propia del marxismo en la década de 1920 está ausente; las soluciones legales del gobierno aclimata el movimiento campesino y obrero, en su defecto, conduce a que los mismo movimientos emprenda acciones desorientadas políticamente y opositoras a cualquier formas organizativa que las institucionalizara, como las que se replicaron entre 1936 y 1939: las denominadas “huelgas locas”, incluso, y todo a pesar, o tal vez ello lo explique, de la existencia de 250 sindicatos en el país para 1939, de los cuales 145 eran agrarios (Gilhodes, 1989).

El gobierno de López llega al final de su periodo, y el desconcierto de los trabajadores se hace visible, dado el gran apoyo popular que le dieron al presidente; se sienten desprotegidos. La actitud protectora-legal hacia los trabajadores se tornaría diferente, como se evidencia en la huelga de 1938 adelantada por trabajadores de la *Tropical Oil Company*, entre quienes resultarían muertos por las acciones violentas del gobierno. La huelga finaliza en un retorno silencioso a las labores. López solo insinuaba y preparaba a los trabajadores y campesinos para el gobierno de Eduardo Santos.

De esta manera cierra ciclo el Frente Popular. Con su pretendida unidad con el gobierno de la burguesía progresista, a partir de la C.S.C, posterior C.T.C., sus mayores logros estarían en las continuas y profundas divisiones políticas entre comunistas, liberales y marxistas. La conciencia de clase obrera se encontraba más lejos que en los 20's. Quedaban sino celebrar más congresos y enfrentar el gobierno que, aunque de base liberal, de políticas más cercanas a los conservadores.

Mientras en la ciudad de Cali se celebraba en el mes de enero de 1938 el tercer Congreso sindical, con la participación de más de 80.000 afiliados y con el propósito de conservar la relación con el gobierno, el PC le otorgó el control de la C.T.C. a los liberales, a su la vez que decidía no apoyar la candidatura presidencial de Eduardo Santos. Razón tenían en hacerlo, pues el paternalismo liberal se ponía en riesgo. Sin embargo, el presidente Santos tenía claro que el movimiento sindical había que debilitarlo, para lo que le retiró auxilios por parte del gobierno, generó divisiones internas en sus organizaciones y pretendió que la izquierda, del matiz que fuera, solo tuviera militancia en el partido liberal. Mientras debilitaba su

relación con los trabajadores, fortalecía vínculos con los Estados Unidos, al que veía como “país modelo de cooperación”.

Hasta el momento, los conservadores vociferan críticas de talante fascista contra liberales, comunistas, socialistas y marxistas, sin que se sepa a ciencia cierta que los diferencia. Bajo el gobierno Santos emprenderán acciones de mayor calado violento; las nuevas condiciones que ponía el gobierno así lo facilitaban. El jefe del partido conservador, señor Laureano Gómez, de fuertes preferencias fascistas, ordenó a su partido no participar con candidato a las elecciones presidenciales. Ante la elección del liberal López, los conservadores bajo la égida de Laureano Gómez lanzan constantes y peligrosas declaraciones en contra de quienes denominaban “destructores”, es decir los movimientos obreros y campesinos, para lo que se reservaban para ellos, las minorías, el derecho legítimo de hacer “lo grande, útil y justo” en la historia. “En lugar del sufragio universal, el Estado debía encontrar en buena parte su base en los representantes de los gremios económicos, de corporaciones como la Iglesia y de instituciones como las ligas profesionales y las universidades.” (Arrubla, 1995, 185).

Los conservadores contaban con la venia de la Iglesia, aferrados ambos a la Constitución de 1886, la Constitución de la propiedad privada, el Estado confesional, la sociedad civil iletrada y la intolerancia político-religiosa. Desde ya, el partido conservador sembraba las semillas de la violencia en Colombia que darán sus peores frutos a partir de la década del 40. En 1935, el conservador Liborio Escallón hacía responsable de los movimientos campesinos y obreros al liberalismo. Cita Tovar (1975): “Señores liberales: Nos vemos en Filipos. Cuando se empeña la batalla definitiva sobre la propiedad, vosotros que ayudasteis a desorientar las masas, con el objeto de alejarla del partido conservador, veréis a este partido valioso y denodado defendiendo vuestro derecho de propiedad, porque eso manda y enseña la doctrina conservadora. Señores conservadores: vosotros formaréis la avanzada en la lucha que se avecina”.

Clara premonición o gran conocimiento de los principios de su partido la que deja ver Liborio Escallón: “la avanzada en la lucha” sumergiría a Colombia por las sendas de la violencia, es decir, del retorno del partido conservador al poder. La Iglesia hacía lo propio con idéntico motivo y propósito. El 17 de marzo de 1936 en cabeza del arzobispo primado de Bogotá, obispos de todo el país y algunos extranjeros, firmaron una pastoral que fue dirigida al presidente López. En ella expresaban su preocupación y malestar por la pérdida de derechos, realmente privilegios, por imponerse una Constitución que tildaron de atea.

En respuesta, dejaron claro en la pastoral, que se verían forzados a revivir la lucha religiosa con decisión y activismo.

Mientras la UNIR y el Grupo marxista eran pasado, sin haber dejado mucha tradición política, la Iglesia y los conservadores, tal vez redundando en los términos, se propuso ganar la adhesión política por medio de la administración divina. Para 1939 creó la Juventud Obrera Católica (JOC), contando con 73 sindicatos de 571 registrados a nivel nacional. Un años después, 1940, se llevó a cabo el cuarto Congreso sindical, que, igual que los anteriores servía para que los trabajadores se dividieran en ideas, estrategias y alianzas, con lo que le allanaban el camino al propósito conservador y claramente liberal santista. La realización de este Congreso no contaba con el aval de los liberales, quienes lo querían posponer, sin embargo, fue realizado en la ciudad de Barranquilla, frente a lo que los liberales respondieron al año siguiente, con el auspicio del gobierno Santos, con la celebración de un encuentro paralelo al Congreso que fungió más como tribunal inquisidor, y allí expulsaron a integrantes y organizaciones que habían participado del cuarto Congreso. La política era clara: gobernar “en nombre del partido liberal, pero sin “ismos revolucionarios”.” (Molina, 1986, 129).

El gobierno Santos, con medidas como la anterior, representó la pausa modernizante y protrabajadores que López le había legado de sus dos últimos años de gobierno; pausa que se prolonga durante los cuatro años de gobierno de Santos y tres años más de un segundo mandato de López.

Surge una nueva expectativa para los trabajadores saber que López, a quien habían dedicado todo su apoyo desde el Frente Popular, va a ser el candidato presidencial de los liberales para el periodo de gobierno 1942-1946. Su contendor era el candidato conservador, un liberal de derecha, el señor Carlos Arango Vélez. Nueva ilusión, pero solo eso, que alcanzará para que los trabajadores y sindicatos volvieran a confiar en las unidades. El quinto Congreso sindical de 1941, incluso, fue denominado el Congreso de la Unidad Sindical. Mismo año en el que el Partido Comunista realiza su primer Congreso el 7 de agosto. Es la hora, y López es otra vez presidente de la República desde el 3 de mayo de 1942. No hay reformas significativas, incluso iba más atrás de las ya logradas en su primer gobierno. “La ley 100 de 1944 sancionada por el presidente López que había impulsado la anterior [Ley 200], borró con el codo lo que se había escrito con la mano y con objeto de dar seguridad a los terratenientes, reglamentó el contrato de aparcería.” (Tirado, 1971, 264). Los campesinos y trabajadores, marxistas y comunistas que entre sus

proclamas de lucha estaba “apoyo a López sin reservas”, tendrán que aceptar que el gobierno ahora busca la unidad con el gran capital, no con ellos, aunque sea cierto que el Decreto 2350 de 1944 haya sido una protección a la vida y bienestar de los trabajadores, o que ciertas huelgas, como la de FEDENAL en 1943 lograra aumentos de salario y privilegios sindicales.

No obstante, esta presidencia de López no presenta la solidez de la primera; por el lado el PC hay logros: gana elecciones y pone diputados (10), representantes a la Cámara (3) y hasta un Senador (Tirado, 1995). Son cambios notables los que vive el partido, por lo que lo quieren llevar al campo propagandístico y así reemplazar la hoz universal por el machete particular, ¿ha pasado algo con la Internacional como para tomarse esta licencia?; por el liberal hay crisis desde 1943: el conservador Laureano Gómez continúa su arremetida contra López, hasta el punto de efectuarse un intento golpista. El 18 de julio de 1944, en la ciudad de Pasto, el presidente López y algunos funcionarios del gobierno son retenidos por oficiales. Fue solo una tentativa que pasó a la historia como “el golpe de Pasto” y sin juicio a Laureano Gómez por su participación en el mismo.

Por su lado, el 4 de agosto de 1944 el PC llega a su segundo y último Congreso bajo ese nombre; se ha decidido cambiarlo por el de Partido Socialista Democrático (PSD); la rebeldía ante la Internacional se hace cierta. Como cierta la crisis del gobierno de López. Ha llegado la hora y a la familia del presidente se le acusa de posesionarse de bienes expropiados a los alemanes residentes en el país. Solo la superficie del fin del gobierno, el fondo mostraría a un gobierno debilitado por el ataque conservador, por sus propias preferencias por los terratenientes y grandes industriales sobre los campesinos y trabajadores, por las divisiones internas del partido teniendo como opositor al mismo Eduardo Santos, aunque, y tal vez paradójicamente, aún contaba con el apoyo de los trabajadores, quienes saldrían a manifestar su desacuerdo con la renuncia que finalmente llega el 19 de julio de 1945, la presenta López y es irrevocable. Dos gobiernos, cada uno con estilo político diferente; en el primero se valió de jóvenes intelectuales, en el segundo de viejos millonarios, con lo que volvía a sus raíces familiares de banquero.

A partir del 7 de agosto de 1945 el liberal, de esos como Olaya y Santos, Alberto Lleras Camargo asume la presidencia para darle fin al periodo de López. Todo remanente de ilusión por parte de los trabajadores tendrá que ser desechada, por fuerza de los hechos. El año finaliza con un total de 22 huelgas, para lo que el creado PSD tiene para aportarle a los huelguistas sino un nuevo Congreso, el tercero realizado el 12 de diciembre, mientras la C.T.C llegaba al séptimo, y como era de esperarse, para dividir. Ahora le

corresponde a Gaitán oponerse e impulsar la creación de un comité Federal de mayoría liberal, minoría comunista, llamados Socialistas democráticos; un nuevo nombre para viejas prácticas.

El año 1946 ya comenzaba a romper con el pasado que se cuenta desde 1930. Nuevas huelgas, solo que, sin la mediación del gobierno, si con la represión militar y el despido de los huelguistas. Declaró ilegal la huelga de FEDENAL del 17 de diciembre de 1945, dos días después, 19 de diciembre, les cancela la personería jurídica. Estas medidas del corto año de gobierno de Lleras Camargo representan el preludio del largo gobierno conservador que se inaugura con el conservador Mariano Ospina Pérez.

El gobierno conservador se inaugura con el despido masivo de trabajadores liberales, los que serían depuestos por trabajadores conservadores, así como en poner en marcha, con la ayuda liberal, una política ya no de represión física en contra de los trabajadores huelguistas, sino de la eliminación de sus organizaciones. “El gobierno, con el apoyo de los jesuitas y del sector clerical, impulsó la creación de una nueva central obrera que desde su flanco debilitaba el movimiento obrero, en momentos en los que la central tradicional se desgarraba por la lucha entre liberales y comunistas.” (Tirado, 1995, 165). La nueva organización obrera, anti obrera, conservadora sería la Unión de Trabajadores de Colombia U.T.C. creada en 1946, mismo año del cuarto Congreso del PSD.

La transición que estaba comenzando a vivir el país no era de un partido a otro, era de una ilusión obrera a un régimen de violencia y exterminio de campesinos, trabajadores y todo aquel que se opusiera a la “Dictadura conservadora de Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez”. Era la transición de la huelga en las calles de campesinos y trabajadores a la lucha armada en el campo. Un asesinato era inevitable en este contexto, y sería el de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, quien el 7 de febrero de ese mismo año había convocado a una manifestación en la ciudad de Bogotá. En ella participaron más de 100.000 manifestantes que hacían el llamado de Gaitán: parar las persecuciones contra trabajadores y líderes sindicales; y como el de un representante liberal el 8 de septiembre del mismo año en curso cuando en la Cámara se discute si un proyecto de ley o un código para adelantar elecciones presidenciales para 1949, la que estaba prevista para 1950.

Apenas el preludio. La UTC lanzó el llamado abierto para votar por Laureano Gómez, el PSD había llevado a cabo su quinto Congreso en 1947, que como era natural, trajo divisiones internas: expulsó a su

secretario general el señor Augusto Durán y se alista para que en el sexto congreso en 1949 se cambie el nombre de PSD por el de Partido Comunista Colombiano (PCC).

Es el año 1949 y el presidente es el conservador fascista Laureano Gómez. Tal vez devolución de favores: los conservadores no participan de las elecciones presidenciales de 1934, lo que hace inevitable el triunfo liberal; ahora son los liberales quienes no participan de estas elecciones, lo que garantiza el triunfo conservador. Huelguistas perseguidos, trabajadores a quienes se les congelan los salarios, campesinos expulsados por terratenientes, población en general atemorizada por ir al infierno si pregonan el liberalismo, ni que decir del marxismo, hacía inevitable la transformación del movimiento campesino y obrero. A lo que se le suma de manera importante la autonomía ya decretada del Partido Comunista ante su casi eterna voz de la consciencia política que representaba la Internacional Comunista.

El PCC cree llegar a su mayoría de edad. Toma decisiones sin ser consultadas a su padre insolente. En 1960 se escribió la historia del Partido Comunista, titulada Treinta años de lucha del Partido Comunista. Allí se dice: “el partido fue “infantil, extremista y sectario”” (Jaramillo, 1994, 121), y más adelante ““en el movimiento comunista internacional eran frecuentes aquellas tendencias y predominaban concepciones dogmáticas que reforzaban el sectarismo en la dirección y en todo el colectivo de nuestro partido”.” (ibíd. 122).

Este momento en la historia de Colombia que transcurre entre 1930 y 1950 no es un final que da entrada sin más a un nuevo comienzo. Es la misma historia de campesinos, indígenas y trabajadores bajo condiciones que brotan con mayor claridad y tenacidad. De las huelgas a la organización y comunión con el gobierno, de un marxismo político-insurrecto a uno asociativo-reformista de frente popular no hay sino la madurez y respuesta acorde a las nuevas exigencias económicas, políticas y sociales. De tal manera que la tercera forma en que se expresa el marxismo en Colombia, denominado de luchas populares es sino la expresión misma de lo que la realidad colombiana exige y posibilita.

En América Latina y el mundo el marxismo también deviene en nueva forma, acorde al contexto político y económico mundial. El mundo marxista por fin conoce las denuncias que en el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS realiza N. Kruschev sobre los crímenes de Stalin, además de aprobarse en el mismo Congreso la “coexistencia pacífica” con los países capitalistas; se desata el Partido Comunista Chino de la potestad soviética, Colombia un tanto solo para caer en otra dependencia: la maoísta, y el logro de la

Revolución en Cuba, son acontecimientos de relevancia mundial como para que el concierto de lucha campesina, indígena y obrera maduraran la forma de marxismo de luchas populares (1950-1970)⁵.

Referencias bibliográficas

Archila, M. (1989). La clase obrera en colombiana (1886-11930). En: *Nueva historia de Colombia*. Vol. III. (pp. 219-244). Bogotá, Colombia: Planeta.

Archila, M. (1989). La clase obrera en colombiana (1930-1945). En: *Nueva historia de Colombia*. Vol. III. (pp. 245-270). Bogotá, Colombia: Planeta.

Arrubla, M. (1995). Síntesis de historia política contemporánea. En: Melo, J.O. (Coord.), *Colombia hoy. Perspectivas hacia el siglo XXI*. (pp. 179-209). Bogotá, Colombia: Tercer Mundo.

Bejarano, J.A. (1982). La economía. En: *Manual de historia de Colombia*. Tomo III. (pp. 15-79). Colombia: Instituto Colombiano de Cultura.

Carmona, Sánchez, L. A. (2019). *Los enemigos de Marx*. Trabajo presentado en el Primer Foro sobre Marx. Abril. Universidad de Caldas. Manizales, Colombia.

Cataño, G. (1983). Luis E. Nieto Arteta: marxismo y participación política. En: *El marxismo en Colombia*. (pp. 171-196). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Friede, J. (1972). *El indio en lucha por la tierra. Historia de los resguardos del macizo central colombiano*. Bogotá, Colombia: La chispa.

García, A. (1974). *Gaitán y el camino de la revolución colombiana*. Bogotá, Colombia: Desde Abajo.

Gilhodes, P. (1989). La cuestión agraria en Colombia. En: *Nueva historia de Colombia*. Vol. III. (pp. 307-337). Bogotá, Colombia: Planeta.

Jaramillo, R. (1994). *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá, Colombia: Temis.

Mesa, D. (1977). *Ensayos sobre historia contemporánea de Colombia*. Bogotá, Colombia: La carreta.

Meschkat, K. (1983). La herencia perdida. En: *El marxismo en Colombia*. (pp. 145-169). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Molina, G. (1983). El pensamiento marxista en América Latina. En: *El marxismo en Colombia*. (pp. 25-40). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

⁵ El estudio y comprensión del devenir del marxismo en Colombia presenta una cuarta forma que comprendería el periodo 1970-1900 y que podría ser denominada marxismo académico-intelectual.

Molina, G. (1986). *Las ideas liberales en Colombia de 1935 a la iniciación del Frente Nacional*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo.

Nieto, L. N. (1978). *Ensayos históricos y sociológicos*. Colombia: Instituto Colombiano de Cultura.

Sánchez, R. (1983). Las ideas socialistas en Colombia. En: *El marxismo en Colombia*. (pp. 117-143). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Tila, M. (1994). Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década del veinte. Colombia: Cestra-Cerec.

Tirado, M, A. (1971). *Introducción a la historia económica de Colombia*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Tirado, M, A. (1995). Colombia: siglo y medio de bipartidismo. En: Melo, J.O. (Coord.), *Colombia hoy. Perspectivas hacia el siglo XXI*. (pp. 103-178). Bogotá, Colombia: Tercer Mundo.

Torres, G, I. (1978). *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*. Tomo 3. Bogotá, Colombia: Latina.

Tovar, H. (1975). *El movimiento campesino en Colombia durante los siglos XIX y XX*. Bogotá, Colombia: Ediciones Libres.

Urrutia, M. (1982). El desarrollo del movimiento sindical y la situación de la clase obrera. En: *Manual de historia de Colombia*. Tomo III. (pp. 177-246). Colombia: Instituto Colombiano de Cultura.

Vega, R. (1985). La masacre de las bananeras. En: *Historia de Colombia*. Fascículo núm. 9. Colombia: Oveja Negra (1985). “Marxismo latinoamericano”, vol. 2. Entrada en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, Diccionario de política. México: Siglo Veintiuno.